

DESDE EL HOSPITAL, podían divisarse las viejas casas de la Av. Brasil. Semejantes, a pesar del alegre día, a una larga caravana de sobrevivientes. Cuartos numerados, salas octogonales con máquinas expendedoras de gaseosa y alimento chatarra; para hacerles recordar que deben seguir... ¿por qué?, ¿para enriquecer a sus amos?, los mismos que hasta para morir se tienen 60000 lenguas tras el residuo que dejan sus culos. Quién los colocó allí, les dio el poder, ¿ellos?, el pueblo, la masa, como decía Sandburg. Poder aislado y absorbido en manos de unos pocos; sin embargo, sostenido en desigual simbiosis por todos, ceguera, estupidez.

En una pared de la sala, figuras de santos ornamentados con ganas, ansias, sufrimientos, deseos y plegarias reencarnadas en capillos, rosarios y monedas de poca nomenclatura, velas misioneras y...

—*Señor, ayúdame porque sé que no existes y nadie vendrá en mi ayuda...*

Luego pasamos al cuarto, han venido tus parientes y una voz espectral de enfermera les recuerda:

—... media hora, no puede haber mucha gente.

Sé que me perdonarás el hecho, tu boca media plomiza, la mirada sin brillo; y esa espalda dorada bajo el marco de la puerta, llorando, moviendo convulsivamente las líneas de un

bronceado perfecto, prima tuya seguramente. ¿Me perdonarás, Fabianna?, que entre cuerpos moribundos, gemidos, desconsuelo y el propio fin de tu tiempo, mis ojos se pierdan deseando aquel cuerpo ajeno, bajo el marco de la puerta. Tal vez sudando completamente.

—Doctor, hace una hora llamé a...

—No puede hacerse más, cálmese...

Xavier molesto, buscando en su vieja libreta nuevos contactos, todavía no sabe usar el celular último modelo que le regaló el Partido. Aquí, cree él, lo miran mal, ex policía, aprista, rápidamente telefonea.

—A un señor importante —como dijo una tía, para ver qué podía hacer, para otorgar como favor lo que nos corresponde por derecho.

Llanto, el vaivén de los senos convulsos, sudando en su bronceado perfecto ante mis ojos.

—Señorita, mueva a la paciente, vamos a colocarle un catéter, por favor, retírense.

—¿NO ES HERMOSO que no exista nada después? Yo lo miraba *Es de un pintor*, me dijo... *en el Dominical de El Comercio*, o algo así, pero venía de él, tiernamente, zapatos de El Hombre Araña, bonito pelo desordenado, cubriéndole en parte su eterna cara de niño travieso.

—Dame una luca, necesito armar otro mixto.

Y *Toma*, él gobernaba este bajo imperio derruido, infestado/habitado por seres desechos-humanos.

—No, no lo es —dije.

—Sí, ¿por qué no? —mientras daba vuelta al cigarro, calentándolo con un fósforo.

Pensaba que siempre lo hallaría en la Rotonda, hasta que unos años después, realmente la derrumbaron.

—Aquí no hay ley —señalando como límite una vereda por donde pasa la “gente normal”—. Solo hay justicia.

No le creo, mas pensando en la mancha brutal de crímenes e inmundicia que nos otorgan las autoridades por justicia, decido asentir cansadamente.

—Tú eres un buen muchacho, tú... eres hijo de la tía Sonia.

Cara descompuesta por etílico estado, cuerpo gordo, la “pastelera” desdentada olía ligeramente a puta, y me había reconocido.

—Ya pe’, causa...

—¿Q’ me quieres abrir?

—Es un cacho con mi gente, July, no molestes.

—Pero él no es como tú, no lo jodas.

Lejos del humo, *El Cuervo* se miró en los ojos de su padre, con la mandíbula dura sonrió tristemente, entendiendo... entendiendo. Su padre se alejó, bajo la oscura sombra de un dolmen

imponente, tambaleándose, buscando un arroyo de caña primordial, ardiente, para no matar a la July, para que el sabor de sus palabras pudiera pasar sin dañarle más el espíritu.

Dos cuadras adelante se detiene un auto del año, el silbido lo llevó directamente a Fauzto.

—Tráeme 20 lucas.

—A sus 20 lucas es.

El Cuervo, sonriendo todavía, enrumba a la Av. La Marina, cita supuestamente importante, en un maldito casino dizque importante, anos de impulsadoras se exhiben para enternados cerdos siempre disfrutadores.

—Toma, está completo.

—OK.

Rummmmmmmmmmm...

La noche, esa noche, continúa su marcha, implacable, furibunda. Amanece y encontramos al *Cuervo* volviendo solo a casa, sabiendo que en un parque, lejos de lo establecido, existe su padre, en aquel mundo paralelo, criminalizado por políticos cocainómanos.

Había caminado por Nicolás Ayllón, corazón/agotado/con las justas sus pies no sabían descifrarlo en el asfalto. Subió a una vereda, se detuvo un rato, guardianía de carros, 3 perros ladraban desacompañados, era ya de noche, su cuerpo: sucia máquina agotada.

Allí Pollos Sansón, el mejor pollo a la brasa de Yerbateros, avanzó rumbo al portón inviolable, feo, verde, un paso más, se ladeó, tanteó el aire para no encontrar de qué asirse y lo reconoció. Hace algunas noches lo había cerrado con “merca”, pero ahora en aquella esquina/superior/izquierda, vestido de amarillo en bolsas, ¿cómo consiguió aquel trabajo?, sencillo, estático, un eterno vigilar y sacarle la mierda a los indeseables, pintado (literalmente), junto al nombre de la pollería en aquella esquina/superior/izquierda. Fibroso, no obstante más delgado.

—¡Pasa!

Imperioso Sansón alargó su pata de 2 uñas de manera Nosferática y lo metió por la pared.

POLLOS SANSÓN

AQUELLO LE RECORDABA DEMASIADO a un video de Nick Cave, polillas rojas y gigantes simulaban macabras lámparas chinas

—Pero es una pollería —empuñando fuerte el martillo para darle fuerte a esa idea y no caer al... posadas en lugares adecuados para dar luz, cual si hubiesen asistido al taller:

ILUMINE Y AHORRE ENERGÍA

Lo resabido, le dijo a Laura que iba a ir, mientras ella ojeaba esa revista.

—No aguento... —lágrimas a punto de caer por los ojos—. Quiero viajar, no sé,irme — última sonrisa y sí, el taller (qué te parece), claro y punto. Cuando fue.

Continúa avanzando, no creía que el lugar fuera tan grande, voltea la cabeza entre el brillo de las polillas, la avenida resplandece.

Sobre el escenario, una banda indescifrable, formación básica, un hombre sin piernas toca el violín, un niño deforme y elefantíasis aporrea la batería con *sticks*, hechos de fémures humanos, el profesor Theremyn afina su aparato, langostas que extrañan a los Beach Boys y se sumergen en sus poncheras de *straberry* y *brandy*; dominando el escenario, pegado al micrófono con *masking tape*, un poster del Transformer de Lou Ree, espera.

No termina su deseo por la canción y esta empieza, era la canción de SU vida, suena de puta madre, empuja a las Penas ciegas que eternamente discuten el orden del mundo, los comensales aumentan, mientras envuelto en música se dirige al fondo, al trono de Sansón, 4 balones de soldadura autógena sirven de pilares, sobre los que descansa un dosel de carrito sanguchero, usado muy usado. Bronca:

—CRASHH, PUMM, PACK.

Batman viejo y guatón dice: chucha su madre, se me escapó este huevón, bueno... y otro tanganazo, mientras Heine se roba esta historia pero sin Nick Cave.

Por fin logra llegar, pared negra, él entronizado bajo el dosel grasiento, esclavas fi listeas de once años aprox, la escasez de vello púbico no deja mentir, danzan desnudas para su beneplácito. Sansón espera que llegue Dalila y la corte de horriblos tipos transexuales, sacados de una película de Semana Santa, expectantes.

—¿Ya quieres servirte? —pregunta Sansón, denotaba en su voz que era una porquería.

—¿Hace cuanto fue la huevada? Este huevón fue... ¿cómo habrá conseguido la chamba? —pensaba *El Cuervo*.

— Sí —respondió, la banda superficial sobre ellos, a pesar que era la canción de SU vida. Sansón baja del trono, desciende los escalones que lo elevan del suelo, de los mortales, un trinche en una mano en la otra un enorme cuchillo, ambos utensilios todavía sudan aromáticamente la grasa de su oficio.

El Cuervo recuerda el cierre con la “merca”, la adrenalina copa su sangre, decidido. Sansón se incrusta el trinche por la oreja, presiona, luego se corta el pescuezo, deposita su cabeza sobre una bailarina filisteas que en cuatro patas funge de mesa.

—¡Auu! —gritó, pues la cabeza estaba aún caliente.

—Sírrete —dijo Sansón y dos pollos idénticos a él salieron detrás del trono, Zigurat de tres pisos hecho con madera barata, quizá tornillo, abundante en las madereras de la zona. Bajo el dosel, en el centro, está el famoso trono que no es más significativo que eso, un cajón de frutas incrustado con rubíes y otras piedras preciosas.

Sin armas cómo enfrentarlos, una de las Penas ciegas le arroja un cuchillo para mantequilla. El local lo vomitó afuera, un mondadientes hurgaba por más pedazos de aquel buen sabor, las heridas poco importaban ahora, valió la pena. El mejor pollo de Yerbateros.

Diferencia de horas, ¿es el mismo instante?, en Roma continúa la misa de cuerpo presente del Papa, se espera un millón de personas desfilando frente al cuerpo hinchado. Un millón de desconocidos actuando de plañideras ante un símbolo que es necesario, pues la gente tiene el deseo de querer ser pastoreada, rebaño, ¿quién me ayudará a cruzar el desierto de miseria y sin sentido?, el sumo sacerdote, otra función regia, mayestática. Sumo mediador entre Dios y el pueblo, taumaturgo que no pudo curarse a sí mismo, representación de lo suprahumano, ab-suelto: liberado de las condiciones antrópicas, por eso tenemos su cuerpo aquí, en

lucha permanente contra la putrefacción, por siempre absuelto. Y lo lloran y ¿quién llorará por Sansón?, o por *El Cuervo* si muriese ahora.

La temperatura sube, la mitra fue la primera en arrojar signos y secretos acerca de embalsamamiento. Pero ¿realmente será su cuerpo?, recordemos que antes cuando moría un rey su cadáver era embalsamado y se creaba además una réplica en cera, de manera tal que pudiera perdurar a la vista del pueblo. El poder emana de él y debe permanecer allí por siempre.